

LA CULTURA EN LAS INDEPENDENCIAS

Paula Moreno 2010

El primer gesto de la independencia fue un gesto cultural. La ruptura del florero de Llorente, fue el enunciado simbólico de la afirmación de la autonomía de una nación –Colombia-, que deseaba diferenciarse y adoptar un sistema de convivencia autoregulada y sin dependencias. Las huellas que guardan los colombianos y las colombianas en su memoria sobre la independencia, están pobladas de lugares que se han convertido en testimonios del patrimonio material de la nación- la Casa del florero, el Pantano de Vargas, el puente de Boyacá- pero también de gestas, como el itinerario por el Páramo de Pisba y de signos culturales, como los grupos de mujeres y los hombres que participaron en el proceso de independencia. Muchos de ellos provenían del campo, como el ejército de lanceros de los Llanos y esa proveniencia no era solamente geográfica, sino social y cultural.

Desde entonces, la construcción de la nación ha sido, además de una propuesta política y social, un denso y profundo proyecto cultural. Colombia como nación, ha recorrido un largo y en ocasiones difícil camino de reconocimiento de poblaciones, que durante años han sido invisibilizadas y que contribuyen a configurar, nuestra identidad como país. Afrodescendientes y raizales, indígenas y mestizos, no son una simple presencia étnica, sino un acumulado histórico de creencias, formas de convivencia y manifestaciones artísticas. La independencia no trajo inmediatamente su reconocimiento; pero lentamente, se fueron produciendo movimientos emancipatorios, que han sido finalmente

recogidos y legitimados por la Constitución de 1991, en que la nación se definió como pluriétnica y multicultural.

De esta manera, la independencia, si bien es el nombre de un período histórico específico, es sobre todo, la experiencia de un recorrido colectivo. La cultura ha participado activamente en este itinerario, a través de la expansión de la educación, el acceso a los bienes y servicios culturales, la circulación libre de las ideas o el ingreso del país a la modernidad. La apertura al conocimiento, la difusión de la crítica y las libertades de expresión y de pensamiento, son ganancias de independencia, que fueron posibles a través de la construcción de bibliotecas, la promoción de la lectura, los esfuerzos de la investigación científica o el desarrollo de las artes.

Muchos de los resultados que con los años trajo la independencia a la nación, son profundas transformaciones socioculturales. Las mujeres conquistaron a pulso su participación activa en la vida de la sociedad, de la mano de la circulación social de las ideas, las modificaciones culturales del mundo del trabajo o la conversión de los roles de género. Los jóvenes, que significan no sólo el principal rango demográfico del país, sino su mayor apuesta de futuro, han sido protagonistas de algunos de los cambios culturales más importantes y definitivos: el crecimiento de la apropiación cultural que se expresa en la consolidación de nuevos lenguajes y sensibilidades, el dominio creativo de las nuevas tecnologías o sus formas particulares de habitar y dar sentido a la sociedad.

Las independencias se arraigan en el aporte que ha hecho la cultura a través de estos 200 años a la construcción de la nación. Una nación de regiones, es decir, de modos de vida diferentes, de

encuentros –y desencuentros- entre lo urbano y lo rural (con sus celebraciones y sus diversas expresiones simbólicas); pero también de afirmaciones e intercambios entre las manifestaciones de la cultura culta –que deja progresivamente su carácter elitista y aumenta su acceso-, las culturas masivas, que han logrado las coberturas más extendidas a través de la radio y la televisión, y las culturas populares, aquellas que provienen de las historias de los diferentes colectivos que componen la nación.

Hecha de identidades y diversidad, de creatividad e interculturalidad, la cultura ha sido ella misma un signo de las independencias necesarias para nuestra existencia como nación.